

decírselo á fin de que tome sus medidas para impedirlo, si lo cree así necesario, pues conmigo no ha querido condescender.

Muy pronto, querido tío, le daré un abrazo y le pediré que cumpla lo que me ha ofrecido, para darle ese nuevo favor.

Su respetuosa y agradecida sobrina,

CECILIA BRUMONT.

---

NOTA.—Con lo que se acaba de leer, queda explicado cómo nos hallamos en posesion de esa correspondencia, que publicamos, participando de la misma opinion que el respetable eclesiástico, cuyo verdadero nombre hemos ocultado con el de *Brumont*, quedándonos la dulce satisfaccion de dar á luz virtudes y acciones que muchas veces no tienen más que á Dios por testigo.



CORRESPONDENCIA

DE ENRIQUETA MONTEVERDE, N. L.

A SU AMIGA

CAROLINA DE BALTY.

CARTA I.

San B. . . . 18. . . .

Gracias á Dios, Carolina, que tuve en fin el valor de hablarles á mis padres; les declaré ya mi voluntad de ser Hermana de la Caridad, y habiéndose convencido bien de que mi vocacion viene de Dios, la han aprobado, aunque llenos de lágrimas: yo espero que, como son tan piadosos, no tardarán en consolarse al ver á una hija suya al abrigo de las tempestades del mundo.

Hacia mucho tiempo que buscaba yo una oportunidad para manifestarles mi deseo, como lo sabes bien; pero siempre que me decidia á hacerlo, me sobreco-

gía no sé qué turbacion, que me ponía temblorosa; temía disgustarlos, y mi secreto permanecía en el fondo de mi corazón, pasándose así los días, las semanas y los meses, sin que hubiese adelantado nada en un año que hace tuve el primer pensamiento de consagrarme al Señor en la Congregación de las hijas de San Vicente de Paul. La culpa ha sido mía, lo confieso; pero ¡ay! me sentía tan débil ante el miedo de afligir á mi querida madre! Combatida sin cesar por el deseo de ser fiel á la gracia y el temor de lastimar el corazón de mis padres, me llegué á poner tan triste y tan preocupada, que mi madre entró en cuidado, lo que era muy natural, pues nunca la he acostumbrado á que me vea con semblante melancólico: primero creyó que era por alguna enfermedad; pero como le aseguré que nó, pensó que sería por deseo de casarme, y que no quería yo decírselo. Le comunicó sus sospechas á mi padre, lo que vino muy á tiempo, pues acababa de recibir una carta muy cumplida y política, pidiéndole mi mano. Era un bello partido, un jóven rico y buen católico; no hay más qué decir, era el que se interesaba por mí. Inmediatamente me llamaron mis padres, creyendo que me iban á dar una dulce sorpresa. Sin saber yo nada, fuí á ver qué me querían; pero apé-

nas me habían dirigido unas cuantas palabras, cuando me cogió un temblor general, me puse pálida como la muerte, y prorumpí en sollozos. Mi madre no pudo contener las lágrimas, aunque sin saber el motivo de mi llanto. El momento no podía ser más oportuno, lo conocía yo bien, y sin embargo, á pesar de todas las reflexiones que me hacía interiormente, permanecía callada, sin contestar ni una palabra á las preguntas afectuosas de mi padre. Por fin; me arrodillé delante de mi madre, puse mi cabeza sobre sus rodillas, y suplicando á Dios que me diese valor, sintiéndome un poco fortalecida, tomé las manos de mis padres, las besé, y la declaración tanto tiempo aplazada, se escapó de mis labios: ¡ay! sentí que se me quitaba un peso horrible. No podré describirte la escena que siguió; fué muy tierna: habiéndose convencido de que mi resolución no era efecto, ni de una inclinación contrariada, ni de un momento de exaltación y de fervor, mis padres me abrazaron, me dieron su consentimiento, y echando la bendición sobre mí, dijeron: ¡Querida hija! ojalá que seas dichosa y consigas tu salvación en el estado santo á que te llama la voluntad divina! Dignese también el Señor de recibir el sacrificio que le hacemos hoy!

Sí, Dios se los recibirá; es tan bueno que desde ahora se ha dignado darles un alivio en el pesar que les causa mi resolución: porque siendo la mayor de sus hijos, deseaban ardientemente que me casara, para que en caso de que faltaran, pudieran confiar á mis cuidados á mis otros hermanos chicos, conociendo lo mucho que los quiero, y morir así en paz. Pero es justo decir que aunque Elisa es menor que yo, es muy juiciosa para su edad; pues muchas veces me he admirado de lo bien que discurre, y creo que á pesar de sus pocos años, será una excelente madre de familia, y que llegada la vez, cumplirá sus deberes para con sus hermanos menores, mucho mejor que tu pobre amiga. Por esto, no puedes figurarte, Carolina, con qué fervor pedía yo á Dios, hace algun tiempo, que le concediese ántes de mi salida de la casa paterna, un esposo segun su corazon, y que fuera capaz de estimarla en lo que vale. Este deseo precisamente es el que va á realizarse; ya pueden tranquilizarse mis padres por la suerte de su familia más jóven, puesto que Felipe mi primo, que vino á pasar unos dias con nosotros, ha pedido á Elisa en matrimonio.

Piensa cuál habrá sido nuestro gusto: Felipe es tan bueno, que Elisa no puede ménos que ser feliz

con él; y además, lo que no es nada malo, tiene una bonita fortuna, de que sabe usar noble y caritativamente. Bien pronto se arreglaron los parientes menores. Felipe, que no tiene más parientes que nosotros, va á comprar una casa cerca de la nuestra; con lo que mis padres, al perder su hija mayor, se encuentran que no han hecho más que cambiarla por un hijo cariñoso y dedicado, porque Felipe se porta así con ellos. Él me ha dicho que mi resolución le hizo anticipar la conclusion de su matrimonio, que deseaba hacia varios años, y que ahora se verificará dentro de un mes.

¡Ah! no cesaré de repetirlo: Dios es muy bueno para con nosotros, y muchas veces no le correspondemos sino con ingratitud. Me colma de consuelos en estos momentos, porque todavía no te he contado todo. A mis ruegos, se han decidido mis padres á sacar á Alina del convento en que se ha educado: va á cumplir quince años, y espero que ocupará muy bien mi lugar para cuidarlos: ya salió mi padre por ella y la esperamos de un momento á otro.

Ya ves, todo se dispone de la mejor manera; pues si hubiera aceptado el partido que se me ofrecía, habria tenido siempre que separarme de mis padres, por seguir á un extraño, que me iba á lle-

var á más de sesenta leguas de aquí. He hecho mucho mejor, porque estoy segura de que el esposo por quien los dejo, no le repugnan mis miserias, sino que las tolera con bondad; y de que, si le soy siempre fiel, me dará á gustar una felicidad mil veces preferible á la dicha mezclada de tantas amarguras, que se halla en la union mejor combinada.

Así, pues, en cuanto pasen las bodas de Elisa, saldré para Paris, con mi padre, que quiere llevarme él mismo á la casa en que he de entrar de postulante, que es un hospicio en que está de superiora una amiga de mi madre, desde que era niña, á quien le escribió ya, y contestó con mucha amabilidad, prometiéndole que procuraria ocupar su lugar para conmigo.

¡Ay, Carolina, qué débil es tu pobre amiga! cuando pienso en que va á llegar el dia en que me separe de mi muy querida madre, despues de haber recibido tal vez su último beso, mi corazon se hace pedazos, no puedo contener las lágrimas.

Espero que el Señor me perdone este llanto, puesto que ÉL nos impone el deber de esa ternura filial, el primero y el más puro de todos los afectos, que sobrevive á los demás, que nos toma en la cuna y nos acompaña hasta el sepulcro. ¡Dios mio!

¿quién no siente latir su corazon de amor y de agradecimiento al solo nombre de su madre?

Si la salud de tu padre te impide venir á asistir al casamiento de Elisa, procuraré, al ir á Paris, detenerme un dia en tu casa; me daria mucha pena no poder abrazarte una vez más.

Adios: concluyo pidiéndote que unas tus ruegos á los de tu amiga, para que el Señor le dé la fuerza que necesita, y que solo halla en su Crucifijo.

## CARTA II.

San B. . . . 18. . . .

Se casó Elisa y solo ha sentido, casi tanto como yo, que la situacion de tu padre nos haya privado de tu compañía. No hubo reunion el dia de su boda, sino solo una comida de familia; y ella le pidió á mi madre que lo que debia haber gastado en la fiesta, lo entregase al señor Cura para distribuirlo entre los pobres vergonzantes de la parroquia.

¡Ojalá que sus ruegos atraigan sobre su enlace todas las bendiciones del cielo!

Alina ha vuelto ya á la casa paterna, y si el ca-

riño de hermana no me ciega, te diré que es difícil hallar una niña mejor: la has de querer cuando la conozcas: es el vivo retrato de mi madre, aunque de carácter más alegre. Mi padre dice que es en lo único que se me parece: yo no soy de su opinion, pues sin modestia de mi parte, conozco que Alina vale mucho más que yo; por lo demás es una ventaja que tenga un carácter alegre, porque así consolará más pronto á mis padres por mi ausencia; aunque en el corazon de los padres el lugar de un hijo que pierden, no lo ocupa ningun otro; el que conservan, por mucho que lo quieran, no puede hacer olvidar al que sienten.

Salgo de aquí á dos dias, y por un contratiempo, del que no me atrevo á quejarme porque veo en él la voluntad de Dios, ha sido preciso cambiar nuestro derrotero, por lo que ya no podré verte al pasar. . . . Es un nuevo sacrificio que el Señor exige: ofrezcámoselo juntas.

Ya no te escribiré sino de Paris, y concluyo, porque te confieso que mientras más próxima está mi partida, tanto más me parece como especie de hurto al amor filial, todo el tiempo que no paso con mis queridos padres.

No ceses de pedir á Dios por tu amiga.

Y todo se acaba.

He llegado á Paris; mi padre está descansando, y yo, aunque muy fatigada por el viaje, no he querido acostarme sin escribirte unas cuantas palabras: está mi corazon tan angustiado, que necesito una poca de expansion en el seno de la amistad. ¡Ay! No me reprendas por esta disposicion de mi alma, porque no te puedes figurar todo el valor que necesité para desprenderme de mi madre, que me abrazaba ahogada en sollozos, mientras de que Alina, Elisa y su marido, humedecian mis manos con sus lágrimas, y mis hermanitos chicos Pablo y Víctor, me detenian por el vestido llorando, y gritaban: *¿Por qué te vas? quédate con nosotros, te queremos mucho!*

Ay, Carolina, si hubieras presenciado esa escena tan tierna, y te hubieras hallado en mi lugar, tal vez te hubieras sentido inclinada como yo á decir: Ya todo se acabó; mi querida madre, herma-

nos míos, no lloren; me quedaré con vdes..... Todavía tiemblo al recordar que estuve á punto de desobedecer la voz de Dios por escuchar la de la naturaleza, que me excitaba á resistir á mi vocación. Por fortuna mia, en el momento en que venida por el pesar de dejar personas tan queridas, iba yo á pronunciar la fatal promesa, llegó nuestro respetable cura. Su sola presencia bastó para avergonzarme de haberme detenido en ese pensamiento y para fortalecerme contra la tentación: creía que ya habia yo partido, y venia á dar á mi familia los dulces consuelos de la religion. No sé si adivinó mi combate interior, pues me recordó tan á tiempo de qué necesidad era para mi salvacion el que correspondiese á las gracias de que me ha colmado Dios, que me encontré con bastante fuerza para consumir mi sacrificio, desvaneciéndose repentinamente mi cobarde irresolucion. Abracé por la última vez á mi tierna madre y á mis hermanas, y salí de prisa, bajando prontamente la escalera, y entrando en un coche que me esperaba en la puerta. En seguida subió mi padre; y habia pasado mucho tiempo, ya muy lejos de casa, cuando noté que Julia y mi anciana aya, habian querido acompañarme é iban enfrente de mi en el carruaje.

Poco despues, tomábamos el camino de la capital, y el castillo gótico del pueblo en que nací, los bellos árboles de sus paseos, el campanario de mi querida iglesia parroquial..... todo desaparecia á mis ojos nublados de lágrimas..... Me pareció entonces que segunda vez me separaba de los que lloraban mi partida.

En fin, llegamos á París; ya le escribí á mi madre tratando de consolarla, y he encontrado de nuevo no mi antigua alegría, que creo haberla perdido para siempre, sino una gran tranquilidad de alma, y la dulce paz y satisfaccion de que se goza, cuando uno toma el camino que Dios manda que se tome.

Pasado mañana irá mi padre á presentarme á la Superiora en cuya casa debo ser recibida como postulante; cree mi padre, que es solo una visita, pero para evitarle, en cuanto es posible, el pesar de la separacion, que le es tan penosa, está arreglado que me quede con cualquier pretexto: un antiguo amigo suyo que es el que nos ha recibido en su casa lo acompañará. Está ya en el secreto, aprueba el plan, y me promete que volverá á llevar á mi padre á su casa, distrayéndolo lo mejor que pueda: esta primera separacion nos hará más fuertes á todos para soportar la última de todas.

Adios, querida Carolina, no ceses de pedir al Señor la gracia de que perseverare hasta el fin. Si se me permite te escribiré muy pronto. Tu amiga.

#### CARTA IV.

Paris. Hospicio. . . .

Estoy de guardia esta noche en la sala de enfermas, y aprovecho esta ocasion para platicar contigo, querida Carolina, gusto de que me han privado hace un mes largo, los muchos quehaceres que llenan mis dias: todos mis instantes son contados y empleados por mis superiores, sin que me quede ninguno [que consagrar á la amistad. Para que tú misma juzgues, voy á contarte por menor todo lo que hago desde que estoy en esta bendita casa, donde me encuentro tan dichosa que desearia que todas las personas que amo participaran de mi felicidad: esto es bastante decir, para que entiendas que quisiera verte como yo,

vestida con el traje negro de las postulantes, te pongo á mi lado y edificarme con tus ejemplos. ¡Quién sabe si algun dia me dará Dios este consuelo! Es necesario prevenirte que no haciendo caso del amor propio, no me cuidaré absolutamente de enviarte obras maestras de estilo epistolar: trasladaré mis pensamientos, mis recuerdos al papel tal como me vayan viniendo; y si algunas veces notas falta de ilacion, ó repeticiones de detalles, dispénsalo á la pobre postulante, que se ve obligada á interrumpir una frase, quizá bien comenzada, por ir á dar de beber á una enferma, ó por voltear en su cama de dolor á una anciana parálitica, impedida de todo movimiento. Este es un exordio preparatorio que mi vanidad hacia indispensable. Ahora ya puedo comenzar.

Antes que todo, te diré que las cosas se pasaron con mi padre como yo habia deseado. En el dia señalado me presentó á Sor Sofía, mi Superiora, á quien llamamos nuestra *madre*. Estuvo tan bondadosa para conmigo, que desde luego le pedí una entrevista particular, que me concedió inmediatamente. Le dí á conocer mi deseo de quedarme ese mismo dia en la casa, manifestándole los motivos que habia para hacerlo; y aunque dudó un poco, por fin consintió en ello. Despues arre-